

ALAS EN LA VEREDA

Cindy Johana Consuegra Acero

Ingeniera Ambiental y Sanitaria de la Universidad del Magdalena, especialista en Gestión Ambiental de la Universidad de Antioquia. Amante de las historias razón por la que hizo parte del grupo de teatro de la Universidad del Magdalena por más de 5 años. Combina el ejercicio de su profesión, que desarrolla actualmente como encargada del área de Gestión Ambiental en la concesionaria Ruta del Sol II SAS responsable de la vía que comunica a Barranquilla y Santa Marta, con espacios que le permiten conservar en medio de su cotidianidad técnica, la sensibilidad en nuestra relación humanidad-naturaleza y nuestros lazos como comunidad a través del servicio.

Mi madre me solía contar que cuando estaba de brazos, si Sofi se acercaba a mí, yo lloraba como si se me hubiera aparecido la mismísima Patasola. Hoy después de tantos años imagino con pena esa niña de ojos verdes y pelo crespo botando lágrimas y moco sin entender la razón del por qué a Sofi le tocaba andar con las manos, arrastrando tronco y pies, si todos los demás podían caminar.

—¿Quieres que te muestre lo que aprendí a hacer hoy? —Me dijo con su voz estridente y con una enorme sonrisa, tan grande como sus manos corpulentas de dedos largos y desarrollados, ya que toda la vida le habían servido, además, como pies.

—Pa' ve, ¡muestra! —Le dije sin mucho entusiasmo. Acababa de llegar de la sede primaria del colegio y la caminata bajo ese sol brillante y esa humedad bochornosa me dejaba tan desmayada, que lo único en lo que pensaba cuando llegaba a casa era comer y acostarme a dormir.

—¡Mira! —Y saca una falda plisada, hecha de retazos, digna de una pasarela neoyorkina.

—¡Ajo, niña! Me vas a enseñar —En ese momento perdí el sueño y nos fuimos juntas a la base secreta. Habíamos sufrido un ataque en nuestro tanque de reserva que amenazaba con dejarnos a expensas de las tropas enemigas sin comida ni municiones. Yo dirigía ágilmente la nave derribando GrolTs con las pocas armas que nos quedaban, mientras Sofi reparaba con sus herramientas láser los daños que habíamos sufrido por nuestro gran descuido, pendientes de faldas en modas de otras galaxias.

—Bueno ¿y es que a ustedes no les da hambre? Tienen el almuerzo servido desde hace rato y se les va a llenar de queresas de moscas —El tono contundente y protector, del llamado de atención de mi madre, nos hizo levantarnos de su máquina de coser.

Mi madre odiaba ver a Sofi sucia todo el tiempo, tirada en el piso jugando con los muñecos plásticos que coleccionaba de los chitos en paqueticos, con los cuales hizo hasta una especie de monumento en la cabecera de su cama. Por eso un día mi mamá, quien todo el tiempo tuvo abierto su corazón para nosotros, le abrió también las puertas de nuestra casa a Sofi y decidió que ya no viajaríamos a visitarla más, si no que ella viviría en casa.

—¿Quieres que te muestre algo que me cambió? —Me dijo Sofi esta vez sin su característica voz que posiblemente era así de chillona porque su garganta estaba tan atrofiada como su espalda. Una sola carcajada de Sofi tenía tanta agudeza que lograba hasta destemplan los dientes de los perros que al escucharla salían corriendo; con su pregunta dibujó además por primera vez una línea entre las cejas.

—¿Es asqueroso? —Pregunté arrugando mi frente como un acordeón—. Si es asqueroso no quiero ver nada, estoy esperando una llamada de Nando y no quiero distracciones, sabes que acá no entran siempre las llamadas.

—Nooooo, no es asqueroso, es... raro... pero solo quiero que veas.

—¡Pa' ve! ¡Muestra!

Cuando Sofi se subió su camisa, me sorprendió ver ese par de protuberancias gigantes en su pecho, yo escasamente a mis 15 años veía un parchecito rosadito en los míos y me dolía cuando me lo tocaba; pero eso que Sofi tenía era muy diferente. En ese momento tuve la ilusión de que cuando tuviera 20 como ella, yo las tendría así.

—¡Que mires pa' abajo! —Me insistió. Me costaba enfocarme en su cintura retorcida y deforme a consecuencia de la poliomelitis que sufrió de niña. Esa enfermedad conforme con enrollarle la espalda le dejó las piernas secas. Hice un esfuerzo y conseguí mirar.

En el contorno de su cintura una fila de plumas finitas la bordeaban, no eran unas plumas cualesquiera; se veía tornasol y brillaban con el reflejo de la luz.

—¡Niñaaaaaa, te estás volviendo un guacamayo! —Fue todo lo que se me ocurrió decirle.

Cuando Sofi cayó en cama entendí lo mucho que la amaba, el solo temor en la posibilidad que ella no estuviera me taladraba desde la punta de la cabeza hasta los cayos de los pies. Su cuerpo se cubrió de ese plumaje extraño y lo único que aún no le cubría era su cara. Vivíamos tan apartados que el médico más cercano era un curandero de esos que se cuelgan las cabezas de ajo en el cuello y se amarran las pencas de sábila en la espalda, así que el diagnóstico recibido fue “plumeritis” que según el curandero era una variación de la dermatitis sin mayor complicación. Mi mamá, por su parte, se la pasaba espantando la gente curiosa que llegaba hasta en burro desde lo alto de la montaña; ella movía los brazos como cuando nos espantaba las moscas del almuerzo.

El rumor de una adolescente con cuerpo de pájaro se regó misteriosamente en esa vereda, donde lo único que se regaba era el olor del café hecho en la ollita de peltre que había en todas las casas; las cuales, siempre creí, eran las mismas que ponían en miniatura en los pesebres de navidad.

—¿Quieres que te muestre lo que me encontré hoy? —Me preguntó Sofi haciendo un esfuerzo por simular un susurro, mientras mantenía los ojos abiertos atentos hacia la puerta; estaba aún acostada en su cama donde ya llevaba dos años postrada porque la “plumeritis” le envolvió los brazos y ya casi no los podía mover.

—Nombre ya vas a veni’ tú con tus cosas. ¿Qué te pudiste encontrar si estás todo el tiempo acostada?

Ella con una agilidad que nunca le había visto, se impulsó en la cama y quedó boca abajo. Abrió de su espalda una fila de plumas como si fueran unos brazos adicionales a los que ya tenía pero llenas de tornasol. La luz que entraba por la ventana hacía un reflejo con las plumas que me encandilaba. Cuando pude por fin abrir mis ojos y mirar bien, estaba Sofi encima de la cama, mirando hacia abajo, apoyada en sus brazos, desplegando unas enormes alas que salían de su espalda chueca.

—Quién sabe desde cuándo me están creciendo —me dijo Sofi, sin aparente sorpresa—. Pero no me duele nada y las puedo mover, ¡mira!

Un fresco con olor a pajarraco movió mis risos y en ese momento vi cómo empezó a levantarse Sofi de la cama con el movimiento de sus alas. Pasé de llorar cuando niña por verla arrastrarse a llorar de mujer por ver cómo podía volar.

—¿Me guardas el secreto? —me preguntó con cara de preocupación—. No quiero que a mi tía le siga agobiando el tener que estar escondiéndome de la gente, si se enteran de esto será peor.

—A mi mamá no le agobia espantar a la gente —le respondí—. De hecho, le ha servido para que la gente venga así sea solo por curiosear y le manden a hacer costuras y arreglos. Pero tranquila te prometo que te guardo el secreto.

—Sofi se va a levantar, yo lo siento —me dijo mi mamá esa misma noche, antes de darme su bendición y bajara el toldillo para que no me comiera viva el zancudo—. ¿Cómo está Nando? Hace mucho no lo veo.

Yo temía hablar de más y ya había hecho una promesa, así que mirando para el piso como para que no se diera cuenta que ocultaba algo solo pude decir: - ma´ Nando bien, anda ocupado que quiere estudiar en la universidad, hasta mañana ma´ .

Esa noche recuerdo que los perros ladraron más que de costumbre, los gallos cantaron más temprano y, además, hubo una brisa que estremeció el techo de eternit y puso a volar los troncos de la leña. Cuando nos despertamos las puertas y ventanas estaban todas abiertas, Sofi no estaba en su cama, tampoco en la casa, corrimos tanto que hasta se espantaron las gallinas, pero nada no apareció, era como si la tierra se la hubiera tragado o como si se hubiera ido volando con sus alas tornasoles hacia el cielo. 🇺